

De a pie . . .

by S.G.

Para Nati.

1

La población de la Costa se ha visto obligada, por años, a realizar el viaje de ida y vuelta a Montevideo en unidades con varias, muchas o todas las siguientes características. Las ventanas suelen vibrar tanto que se abren solas cuando el ómnibus está en movimiento. También puede pasar que las ventanas no abran en lo absoluto. Generalmente, se abren o están totalmente cerradas en oposición a lo que urgentemente necesita el pasajero. Seis de cada diez asientos reclinables tienen los almohadones vencidos lo que hace que al sentarse uno se hunda sin retorno a la posición original; o puede ser que los respaldos se encuentren tanto en un ángulo de setenta grados en relación al asiento, como en uno de ciento ochenta y que esa posición sea inamovible.

Éste año, la compañía de transporte más importante puso en la calle decenas de unidades nuevas, flamantes. Verlas transitar por la carretera es motivo de admiración y no sólo da la sensación de progreso, sino de que uno, por fin, es tratado como ser humano y no como vaca que va al matadero. Luego de los primeros viajes inaugurales, casi todos coinciden. La mayoría de la población prefiere viajar en los ómnibus viejos.

Es posible que sólo sea una reacción típica de un pueblo al que, por lo general, los cambios le cuestan un Perú; pero hay ciertas realidades que deben tomarse en cuenta antes de juzgar el asunto. A todo este confort de última tecnología se le oponen las necesidades y costumbres de un pueblo tercermundista. Las unidades, de origen asiático, deben haber sido pensadas para una población más pequeña, por lo que la distancia entre asiento y asiento no es suficiente para que un uruguayo obrero promedio, pasado de peso gracias a una dieta rica en harinas y grasas animales, pueda acomodarse. Si el pasajero de adelante decide reclinar su asiento, el de atrás queda atrapado en una trampa de la cual sólo podrá salir si se desliza hacia el piso y luego, casi gateando, logra alcanzar el pasillo.

El pasillo es otra trampa mortal. Que lo hayan diseñado en Oriente es casi una garantía de desestimación del concepto de espacio vital. Posiblemente creyeron que si el bus tenía cuarenta y tres asientos sólo viajarían cuarenta y tres pasajeros; y en su defecto, ¿a quién le interesan los pasajeros? Seguro que no a los que diseñan trenes en Japón y/o aledaños. ¿Para qué entonces, derrochar espacio en el pasillo? Aquí en Uruguay --como en muchas partes de Asia, la ganancia de las compañías está en cuántas personas extras, paradas, pueden entrar en un viaje. En un pasillo tan angosto las personas se amontonan en formas inconcebibles; sin contar con que nadie recordó que por regla general, ésta gente siempre va cargada con las cosas más insólitas. El ómnibus es su único medio de transporte. Es así que un día ordinario de mala suerte, uno puede viajar estrujado entre cuerpos, bolsos, valijas, mochilas, cañas de pescar, compras de supermercado, tanques plásticos, bicicletas, cochecitos de bebé, plantas de todo porte, rollos de alambre, etc, etc.

Todo vehículo que se precie de moderno debe tener las ventanas blindadas y aire acondicionado. Al principio éste último fue recibido con gran alegría y esperanza, las mentes de los pasajeros fijas en los cientos de filtraciones en invierno y las ventanas trancadas en verano de los buses viejos. Muy rápidamente, viajar en los buses nuevos se convirtió en la peor pesadilla de los días más fríos. El inocente pasajero espera en la parada, al aire libre, fuertemente abrigado contra las inclemencias del tiempo. Sabe que la mayoría de los lugares a los que debe ir a lo largo de su día no tienen calefacción; esto es Uruguay. Al subir a la moderna unidad lo abraza un calor asfixiante de 38°C. El chofer, en mangas de camisa, se adivina extasiado con su nuevo juguete. Ha puesto la calefacción al máximo y no ha creído necesario encender el aire acondicionado; él tiene todo el aire fresco que necesita en cada apertura de la puerta a su derecha. Pero para el pasajero ubicado medio metro mas atrás, la situación es muy diferente. El calor de los cuerpos inflados de ropa y apretados en un espacio tan pequeño es insoportable. No hay cómo sacarse ni donde poner sacos, bufandas, gorros; y la sensación de ahogo aumenta. Todos se quejan por lo bajo; nadie le habla al chofer.

Algo está mal, muy mal aquí y Syriana lo detesta. Una vez, luego de cientos de reproches silenciosos, tomó el valor y con un nudo en el estómago le pidió al chofer que prendiera el aire; pero estos exabruptos la dejan con una molesta sensación de desubicuidad; como si hubiera hecho algo muy fuera de lugar.

2

Llega a la parada de ómnibus y mira el celular, 11.15. Cuando venía caminando, a mitad de cuadra, vio pasar el bus que siempre se toma. Casi sin darse cuenta comienza a hacer los cálculos por enésima vez. Hay seis líneas de ómnibus que pasan por esta parada hacia Montevideo. Eso da un promedio de un ómnibus cada diez minutos. Pasan veinticinco minutos y la carretera está desierta. Su vista está perfectamente entrenada, luego de tantos años de otear el horizonte, así que a lo lejos, a más o menos tres kilómetros de distancia los ve venir. Son cuatro techos altos. Hacia el kilómetro y medio ya puede distinguir a qué compañía corresponden: dos C.O.P.S.A, un C.U.T.C.S.A y un R.A.I.N.COOP. Los cuatro juntos. Ha sido así desde siempre. Con lógica uruguaya las compañías de ómnibus no arreglan sus horarios para hacer el transporte más eficiente; lo acomodan para que varios buses salgan de sus terminales separados por unos escasos minutos y de esa forma, jueguen carreras entre ellos para ver quien gana más pasaje. Mientras tanto, los pasajeros se acumulan en las paradas esperando veinte minutos, media hora. Lo único que le queda por desear es que el C4 y el 222 pasen primero. Ella tiene abono de C.O.P.S.A y si estos vienen detrás entonces tendrá más oportunidad de ir sentada.

Los astros le sonríen hoy; encuentra un asiento junto a la ventanilla. El pasillo es otra cosa. Ahí es imposible evitar que la cara roce los sacos, carteras y cinturones de los pasajeros que viajan de pie sin mencionar que todos los olores (transpiración, aliento, ropa sucia, etc) llegan directamente al que se sienta contra el pasillo. El día es cálido y el ómnibus relativamente confortable. Se sienta y se dispone a transitar el recorrido. Tal vez hasta duerma un poco y saque algún provecho de tanto tiempo mal gastado; pero la paz no dura mucho.

Dos paradas más adelante comienza el show. Primero es el caramelero. Sube y ofrece su mercancía: "Chicles, caramelos, bombones". No terminó de bajar cuando un par de cantantes suben. Con una guitarra y un bongó se ubican en la mitad del pasillo y cantan a todo volumen "sin intención de molestar al pasaje"; luego pasaran la gorra para recoger donaciones.

El ómnibus recorre un promedio de diez kilómetros en cuarenta minutos en los cuales han subido: un hombre joven a pedir limosna. Aparentemente estuvo en las drogas que lo llevaron a la cárcel. Salió y ahora no tiene trabajo y prefiere pedir a robar. Una señora vendiendo medias. Un señor vendiendo medias. Otro señor vendiendo la revista de los sin techo. Otro señor pidiendo limosna --no tiene trabajo y tiene que pagar la pensión. Aunque ya está prohibido por ley y ciertamente se ven mucho menos, igual suben un par de niños que reparten marcadores de libros a los pasajeros y piden una limosna a cambio. Otro vendedor de chocolates y dos cantantes más; ésta vez por separado. Un señor vendiendo una pomada que saca todo tipo de manchas y te lo demuestra en el acto manchando y lavando su camisa a treinta km por hora. Un joven que vende muy barato, por "decomiso de aduana", lo que no puede faltar en la cartera de la dama ni en el bolsillo del caballero: lentes, corta uñas, vendas elásticas, agendas. Una señora que ofrece artículos de mercería. Un señor mayor que vende repasadores de cocina. Otro señor mayor que recita poemas y pide monedas a cambio. Otro muchacho joven que pide monedas para no salir a robar. Un hombre que pide monedas para darle de comer a sus hijos.

Syriana observa este desfile interminable de personajes y sus sentimientos son encontrados. Algunos de los cantanes son muy buenos y ella se maravilla de lo talentosa que resulta ser la Humanidad. La mayoría son amenazadores; sobre todo los que suben a pedir limosna. Aunque una les diga: "No, gracias" y quiera devolverles el marcador o la fotocopia del poema, la más de las veces obligan al pasajero a tomarlo y se enfurecen si no les das dinero o si consideran que el que les das es muy poco. Pero por sobre todas las cosas, es insoportable. Syriana se fuerza a reconocer cuán peligrosamente cerca está esa realidad de la suya y se repite a sí misma que esa gente tiene que

ganarse la vida de alguna forma y ciertamente el Uruguay no ofrece muchas oportunidades, más no lo resiste. Se dice a sí misma que debería enojarse con los que realmente podrían hacer algo y no lo hacen. ¿Y por qué lo harían si han encontrado la solución perfecta? Mientras se quedan con todo y no dan nada. . . andan en auto. Se ha desarrollado una subcultura en la que los pobres que aún pueden pagar un boleto deben hacerse cargo de mantener a los pobres que ni siquiera llegan a o no tiene ganas de pagarlo. De cualquier forma, ya no los resiste. Durante unos años guardó cierto dinero para dar; ahora ya no da nada y cuánto más le piden menos da.

Está furiosa y asqueada; vulnerada y amenazada. Con el correr de los años cada vez son más. El deterioro, la desidia; la miseria que no tiene nada que ver con la pobreza: Syriana es pobre. La degeneración que no tiene nada que ver con la falta de educación ni de oportunidades; Syriana conoce gente muy humilde pero digna. Es una falla moral. La gente se acostumbró a despreciarse a sí misma y todo alrededor afirma que eso está bien. Cualquier voz que se levante en contra es simplemente fascista, retrógrada, fanática fundamentalista u obtusa. Todo debe justificarse en base a las injusticias que la sociedad comete con los más débiles; todo debe aguantarse y perdonarse. ¿Es que nadie mira en perspectiva la historia de la humanidad? Los seres humanos llevamos toda nuestra existencia abusando unos de otros. El hecho de volvernos conscientes en éste preciso momento de la historia no tiene que involucrar la idea de que todo debe ser perdonado. Sino, es sólo la misma perpetuación del abuso pero con un vestido discursivo diferente. Syriana le dedica un pensamiento de augurio a quienes se están beneficiando directamente al debilitar hasta tal punto la autoestima de las personas.

Syriana baja del ómnibus, el cuerpo entumecido del largo viaje. Una hora y cuarenta minutos para recorrer treinta y ocho kilómetros. Sí querés saber si una persona es pobre podés observar su ropa, pero es mejor observar el calzado. Sí querés saber si un país es subdesarrollado podés tomar en cuenta qué medios de transporte utiliza, pero es mejor fijarse cuánto demoran.

3

5.37am. La madrugada está bajo cero y Syriana le hace señas al bus. Se levantó, vistió y lavó los dientes en modo automático. Tomó sus cosas y salió a la oscuridad reprochándole al éter, una vez más, el tener que madrugar tanto para llegar en hora a trabajar. Sólo quiere subirse al bus tibio y dormitar un ratito para enfrentar un día largo y cansador.

Las puertas se abren y la golpean 1000 decibelios de música disco. Un par de escalones y se encuentra pagando el boleto envuelta en una semi oscuridad plagada de luces de neón multicolores. Quien quiera que haya estado a cargo de la decoración de este bus jamás abandonó la pista de baile de sus años ochentosos. No hay forma de escapar. Recorre el pasillo con paso derrotado; al menos encuentra un asiento. Mira a su alrededor y envidia por un momento a quienes contra toda lógica se cruzan de brazos y aparentan dormir bajo la ensordecedora música. No se sorprende al pensar que en unas horas, muchas víctimas inocentes sufrirán ataques de ira incomprensibles por parte de estos treinta y pico de prisioneros torturados. Cuando cree que todo está perdido, puede ver claramente como un pasajero se acerca al chofer y sin decir una palabra le descarga ocho tiros a la radio. Al darse vuelta, Syriana confirma lo que ya sospechaba; esto sólo podía solucionarlo John McClane.